

Ramón Alvarado, Gustavo Leyva,
Sergio Pérez Cortés (Eds.)

¿Existe el orden?

La norma, la ley y la transgresión

PENSAMIENTO CRÍTICO • PENSAMIENTO UTÓPICO

ANTHROPOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA - División de Ciencias Sociales y Humanidades

ÍNDICE

Introducción	7
<i>Es gibt Ordnung / Il y a de l'ordre / Hay orden,</i> <i>por Bernhard Waldenfels</i>	25
El orden del reconocimiento: reconocimiento y dialéctica negativa, <i>por Miriam M.S. Madureira</i>	43
El desorden interior, <i>por Sergio Pérez Cortés</i>	61
La normalidad de la anomia: Foucault y el análisis de lo social, <i>por Stéphane Legrand</i>	81
<i>El terror y la unidad del orden político, por Alfred Hirsch</i>	91
¿Cuánto orden necesita la política? Reflexiones sobre la necesidad y los límites del Derecho, <i>por Andreas Niederberger</i>	109
Orden político y orden constitucional, ¿para qué?, <i>por Ricardo Espinoza Toledo</i>	125
Política y orden social, <i>por Emmanuel Renault</i>	137
El orden social: entre la reproducción y la transformación, <i>por Gustavo Leyva</i>	153
Comunicación, cuerpo, tecnología: una aproximación teórico- sociológica al orden social, <i>por Jorge Galindo</i>	181
El orden social, expresión de la historia de una sociedad, <i>por Juana Juárez Romero</i>	199
La libertad y el orden. Foucault, Lyotard y el desorden postmoderno, <i>por Gérard Raulet</i>	219
Autores	235

EL ORDEN SOCIAL, EXPRESIÓN DE LA HISTORIA DE UNA SOCIEDAD

Juana Juárez Romero
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

En psicología social los procesos sociales son interpretados como resultado de la articulación que existe entre sociabilidad y cognición, articulación que se realiza esencialmente a través de la comunicación (cfr. Rouquette, 1998: 2006). Así, la cognición, la idea o ideas que nos sirven para orientar y definir nuestras relaciones y comportamientos, son resultado de las formas de sociabilidad y de la comunicación propias de los grupos. Dicho de otra forma las ideas y pensamientos (las cogniciones) que movilizan a las personas y a los grupos son una construcción social definida a través de la sociabilidad y la comunicación. Es en esta perspectiva que desarrollaré a continuación mi comunicación.

1. La desigualdad social como orden

Afirmar que la desigualdad social da sentido y forma al «orden social» imperante en nuestro país no es una afirmación común, y parece más bien un contrasentido. Y decir que la historia sirve a este propósito resulta todavía menos común.

Lo más usual cuando pensamos o nos referimos al orden, es suponer de inmediato, acaso como consecuencia de la sobreevaluación de la cual es objeto, los referentes positivos que le son asociados como el establecimiento de convenciones, la construcción social de normas y valores, el progreso, la Modernidad y el desarrollo, entre otros. El orden aparece así como ideal, como propósito, como el medio a través del cual se dotará de recursos

y *sentido* al grupo o grupos que convengan adoptar o participar del mismo.

Por otro lado, si bien es común reconocer a la desigualdad como consecuencia de factores de tipo económico y social, es también usual evocarla cual si se tratara de un fenómeno «externo» a un orden social dado. En consecuencia, es posible observar cómo las distancias sociales entre los grupos se interpretan y explican usualmente más como resultado de una mala negociación entre grupos, de una mala administración gubernamental, de la buena o mala voluntad de una persona o bien de un evento coyuntural, incluso como resultado de la corrupción, que como algo inherente a las relaciones establecidas entre unos grupos y otros. En contraste, resulta difícil percibirlos como producto de las interacciones modeladas por factores como el estatus, los valores, las normas y las creencias e ideologías de los grupos, es decir, de la sociabilidad.

Así, la desigualdad social aparece como algo «no deseable» en una sociedad, como factor que impide el desarrollo y la democratización. Ello explica por qué los grupos políticos buscan y proponen en sus campañas trabajar para minimizar tales diferencias o distancias como si se tratara de consecuencias externas al sistema político y social que las propicia. De manera que difícilmente un gobierno promoverá mantener las desigualdades económicas, sociales, incluso las políticas. Con este telón de fondo las dificultades para identificar y reconocer a la desigualdad social como una característica que da sentido, norma y regula las relaciones sociales en el ámbito cotidiano y dentro de un orden social no son menores.

Me refiero aquí no sólo al orden social y político visible a través de aspectos estructurales como las instituciones de salud o educativas, a la geografía, la organización social y la economía, sino a un orden más sutil y a la vez más fuerte, derivado de la relación entre dominantes y dominados. Me referiré más bien a las formas de sociabilidad y de comunicación a través de las cuales se asignan posiciones, roles y hasta *psicologías propias* a un grupo y a otro, formas de sociabilidad a partir de las cuales se dibujan también las distancias entre uno y otro grupo. Este orden sutil se afina en el sistema de creencias, de normas y valores que sirven para dar forma y sentido a la sociabilidad de los grupos, se trata de un sistema fuertemente determinado por los orígenes históricos de toda sociedad.

Las sociedades se organizan de modo visible a través de las estructuras económicas, políticas y sociales que las sostienen. En contraste, sabemos que ellas se organizan de un modo menos visible a través de los valores, las normas, las creencias, las representaciones colectivas y sociales, que orientan el comportamiento de las personas y los grupos. Podemos reconocer así la existencia de una suerte de morfología social tal como lo proponía Halbwachs (1925, 1944), donde se integran tanto los aspectos materiales de los grupos sociales como aquellos aspectos que corresponden más bien a una psicología colectiva constituida por esquemas, creencias, normas y valores cuya función es la de ordenar el entorno. Se trata de territorios sociales y mentales desde la perspectiva de Rouquette (2006), los cuales pueden ser comprendidos a partir de la fórmula cognición-sociabilidad-comunicación.

Mi interés se centra entonces en comprender el orden que guarda el universo simbólico a partir del cual los grupos en una sociedad adquieren una explicación y dan sentido a su realidad, a partir del cual jerarquizan lo que es «bueno» y lo que es «malo», lo «cierto» y lo «falso», lo «valioso» y lo que no lo es, lo «deseable» y lo «indeseable», jerarquización que constituye ejes de un sistema de organización cognitiva capaz de normar y guiar la acción. Tales ejes son identificados por Moscovici y Vignaux como *Thémata*,¹ y definidos como «arquetipos del razonamiento ordinario o prejuicios establecidos de larga duración» (Moscovici y Vignaux, 1994: 64). Refieren a formas primarias de organización de la información cuyo contenido son las formas culturales propias de cada grupo, comunidad o nación.

Ahora bien, todo sistema de creencias y la normatividad que del orden social se deriva tienen un origen. Así, este punto de partida es guardado celosamente en la mitología que explica el origen de los grupos y que acompaña la fundación de una sociedad como la nuestra. En la época moderna, dicha explicación sobre los orígenes fue construida y difundida a través de la historia nacional, cuya función es dar cuenta no sólo de los mitos de origen sino, y de modo más importante, del «sentido» de dominación y sumisión que le es inherente. Historia con profundas raíces en el pensamiento de los grupos a pesar del

1. «Éstos se presentan generalmente bajo la forma de oposiciones: por ejemplo, el bueno y el malo, lo justo y lo injusto, la teoría y la práctica, lo ideal y la realidad, lo superfluo y lo necesario, etc.» (Rouquette, 1996: 169).

fuerte cuestionamiento del cual ha sido objeto (Aguirre, 2004; Villoro, 1994). Historia donde la desigualdad constituye un rasgo característico que atraviesa y ordena a la sociedad mexicana (Reygadas, 2008).

De modo que el orden existente se encuentra fuerte e invisiblemente ligado a las formas de pensamiento derivadas de las relaciones de dominación en las sociedades, de las formas de sociabilidad y comunicación así establecidas, y más visiblemente se encuentra asociado a las formas institucionales y a las contradicciones propias de nuestro tiempo.

2. El orden: entre el control y el cambio social

En cuanto al orden qué podemos decir. La psicología social ha desarrollado dos modelos a partir de los cuales se busca explicar el orden social y su funcionamiento. Uno corresponde a la tradición norteamericana, el modelo funcionalista, el cual busca responder a dos preguntas:

- ¿Cómo y por qué un grupo trata de imponer sus opiniones a un individuo o un subgrupo?
- ¿Cómo y por qué un individuo (o un subgrupo) adopta las opiniones de sus iguales (o de su grupo)?

El modelo funcionalista coloca en el centro de su interés el control social y el conformismo, apelando así a una lógica de las mayorías, mientras que el otro, el denominado genético, privilegia el conflicto y el cambio social para dar cuenta de la lógica de las minorías y del movimiento social. Estos modelos permiten comprender los mecanismos y procesos que actúan y sostienen un orden social.

Para el modelo clásico de la influencia social (el modelo funcionalista) «el orden es el principio regulador de la integración social: se trata de definirlo como aquello que se expresa en la actividad y los recursos de unos cuantos. Se refiere a las decisiones de unos [...] a las decisiones y orientaciones de líderes y especialistas sobre la población común» (González, 1991: 56). Según este modelo, la necesidad primordial es la de salvaguardar el orden imperante como objetivo crucial de la sociedad. Ocupan

un lugar privilegiado las *regularidades*, el *mercado* y las *leyes formales*, la *presión social* y la *cohesión grupal*. Igualmente, el proceso psicológico de la verdad y de la norma se presenta como expresión necesaria e indudable del «sentir» del sistema social en su conjunto. Por tanto, promueve la conformidad y rechaza la desviación social. En el centro del modelo, la conformidad aparece como el mecanismo que garantiza la estabilidad a un sistema social mientras que la disidencia es concebida como fuente de conflicto y de inestabilidad. Aquí el conflicto es sinónimo de desorden y caos, por ello es indispensable evitarlo, lo cual en muchas ocasiones significa evitar el cuestionamiento de la norma, de los valores y del orden mismo.

Por otro lado, el modelo genético de la influencia social constituye un ejemplo contemporáneo proveniente de Europa (Moscovici, 1976). Las preguntas que orientaron su desarrollo son tres:

- ¿Por qué y cómo la mayoría y la minoría son capaces de ejercer influencia?
- ¿En qué condiciones tomará la influencia la forma de innovación o la de conformidad?
- ¿Cuáles son las cualidades que en un individuo facilitan la aparición del cambio en el grupo o en la sociedad?

En este modelo el movimiento social «como principio de construcción de organización y cohesión es indispensable, donde la integración se presenta como algo temporal y con la idea de reconstruirse constantemente. Su acción se basa en la edificación de voluntades colectivas, que sistematizan y se conforman en proyectos, proyectos de orden colectivo» (González, 1991: 62).

Revisemos las principales características de ambos modelos. Para el modelo funcionalista la asimetría es un referente esencial de explicación de la influencia. En la medida en que la influencia, en este caso, sólo puede provenir de una fuente privilegiada, prestigiada o de poder, genera *relaciones de dependencia* con el otro u otros grupos. La fuente de influencia tiende «naturalmente» a promover, defender o sostener la norma, que constituye el mecanismo regulador esencial. Así, la norma aparece como la única verdad posible en la medida en que la adhesión a ella garantiza el control social y proviene de la mayoría o de la autoridad. Promover *relaciones de dependencia* aumenta la

presión a la uniformidad y da como consecuencia el conformismo (Moscovici y Ricateau, 1975; Moscovici, 1981).

En el caso del modelo de las minorías activas o *genético*, la influencia puede producirse por parte de cualquier integrante de un grupo e independientemente de la posición que tenga en él. Cada integrante de un grupo es, a la vez, emisor y receptor de influencia. En este modelo tanto el control como el cambio social pueden ser los objetivos del proceso. La influencia promueve tanto el control como el cambio social en la medida en que no siempre se oponen y algunas veces resultan inclusive complementarios. «El móvil es la renovación y la sustitución de lo que existe, aquí el reconocimiento de la individualidad de cada contribución y de cada posición» resulta esencial.² Por tanto, el conflicto, su producción y reabsorción, constituyen una característica necesaria. «Cuando la influencia se ejerce en el sentido del cambio, el desacuerdo es inevitable. Desde el momento en que se deja sentir el desacuerdo, es percibido como un estado amenazante, creador de angustia. Indica que el frágil pacto de las relaciones, las creencias y el consenso va a ser cuestionado» (Moscovici, 1981: 127).

Este modelo postula que los efectos de la influencia son la conformidad, la normalización y la innovación. Bien los individuos se conforman, bien establecen una nueva norma, bien desarrollan una postura innovadora. Finalmente, es necesario subrayar que la mayoría no se refiere a un aspecto numérico, se destaca más bien el carácter normativo y legítimo al que se evoca para mantener cierto orden de las cosas. Igualmente, referir a la minoría busca dar cuenta de una postura o forma de pensamiento, la cual resulta minoritaria de cara al valor atribuido al pensamiento que es difundido y defendido como mayoritario.

2. «Sea que una sociedad esté dominada por el cambio o por el control social, es obvio que en el seno de la misma no todos los grupos están de acuerdo con el carácter deseable de la fuerza predominante. Las autoridades y las mayorías suelen preferir el control social. Su ideal y en realidad su cometido, es el equilibrio, la resolución incruenta de los conflictos, la adhesión ciega a las opiniones y leyes existentes y la difusión de una sola concepción de la realidad. [...] Por otra parte, el cambio social será anhelado por los individuos y los subgrupos desviados o marginales. Para ellos la lucha contra las instituciones establecidas y las discriminaciones de todo tipo prevalece sobre la necesidad de estabilidad y el respeto a las normas» (Moscovici, 1981).

Los modelos referidos son producto del análisis de la sociedad y de su movimiento, la definición de uno u otro ocurre como resultado de las condiciones sociohistóricas, del propósito bajo el cual se construye cada comunidad. Así, las concepciones que rigen la dinámica de los grupos, ya sea a partir del control social o el cambio social, son producto de la construcción social, de los símbolos, de los artefactos de memoria y de los relatos que justifican dicha elección.

El orden social se construye y establece entonces en un escenario político donde se formulan las convenciones que legitiman las concesiones hechas entre dos tipos de actores: los grupos dominantes y los dominados. Convenciones, derechos, obligaciones y relaciones que encuentran en el ámbito cultural su significado, justificación y permanencia.

3. La desigualdad social: un diseño construido

Si bien la desigualdad social da cuenta del proceso de comparación del cual son objeto las personas o los grupos, ella encierra concretamente las diferencias o las distancias atribuidas a un grupo que es percibido como distinto, diferencia que aparece o es transformada, a decir de Serge Moscovici (2002), bien en ausencia, bien como defecto del «otro». Generalmente, dichas diferencias, ausencias o defectos son atribuidos desde una posición de poder económico, político, social, cultural o religioso. En todo caso tienden a ser explicadas, o mejor aún, buscan ser sostenidas, a partir de un proceso de «naturalización» y psicologización según el cual se propone que las características que son objeto de la diferencia suelen ser presentadas como parte de la naturaleza, de la psicología de los individuos y los grupos (Mugny y Papastamou, 1988).

La desigualdad social es producto de una forma anclada en la cultura, en la manera en que son explicadas las relaciones y el poder entre los grupos; así como las posiciones del grupo o grupos dominantes y del o los dominados. La diferencia aparece como un valor esencial de referencia para quien o quienes buscan distinguirse y distanciarse del «otro». Como si a un rasgo particular le correspondiera una manera de ser, un defecto o una deficiencia de orden intrínseco a los grupos, a las personas. Es el caso de los indígenas y de los mexicanos.

Sin embargo, aun cuando las diferencias entre grupos existen desde el nivel individual hasta el social, en las voluntades, en las creencias, valores y normas, también existe una tendencia en los grupos sociales por conseguir que tales voluntades diferentes se congreguen en torno a una única forma de convivencia, de pensamiento, de relaciones, en suma a una misma forma de organización. Y es que, si bien el orden social es resultado de la convención entre grupos tal como lo señalaba Rousseau, también subrayó que una convención establecida entre grupos supone siempre conceder mejores condiciones, cierto tipo de reconocimientos, una serie de privilegios para unos en detrimento y como resultado de una concesión o de la imposición a los otros.

El principio de la desigualdad social deviene entonces, en apariencia, algo inevitable dado que la construcción del orden supone siempre concesiones, y en consecuencia implica en mayor o menor medida la dominación de unos grupos sobre otros. Así, es posible encontrar sociedades que difunden, promueven y sostienen, por un lado, jerarquizaciones, valoraciones, privilegios en «unos» al tiempo que mantienen y difunden imágenes y discursos y «relatos» capaces de desvalorizar, de minimizar, de desmerecer a los «otros», se escudan en la lógica del control y el privilegio de la mayoría. Sin embargo, es posible reconocer también sociedades que promueven otro tipo de imágenes y relatos que buscan minimizar las diferencias, promueven el igual acceso a los recursos y cuestionan permanentemente las diferencias. En este caso se enarbola la lógica del cambio social y del reconocimiento de la minoría. En suma, este tipo de sociedades promueve relaciones más equitativas entre dominantes y dominados.

La desigualdad social es entonces una construcción social y un mecanismo que determina las diferencias económicas, educativas, de acceso a la salud y al empleo, que tiene en las formas simbólicas y culturales su principal fuente de determinación. La desigualdad social se sostiene así en la creación de categorías que modelan las relaciones de equidad o sumisión entre los grupos. Para los gobiernos de América Latina, se ha recomendado ya la necesidad de promover relatos democráticos como un medio para brindar mejores condiciones de participación y de desarrollo de la ciudadanía, para la promoción de relaciones más equitativas (Lechner, 1996, 2002). Varios intelectuales en México, como Miguel León Portilla (1964, 2001), Luis Villoro (1982),

Guillermo Bonfil Batalla (1987), Enrique Florescano (2001), Adolfo Gilly (2006), promueven la necesidad de revisar la historia con la finalidad de recuperar un sentido positivo que permita trascender un destino que aparece cargado de un significado conquistado y sumiso. Una revisión que abandone la concepción lineal y evolucionista de la historia para destacar los procesos de construcción en los cuales los grupos han participado y posibilitado la transformación de un país. Construir una mirada transversal que no haga de la coyuntura y de los momentos considerados de desarrollo el centro de la mirada que se construye para explicar la realidad, tal como lo propone Wundt (1912) en su psicología de los pueblos.

Los símbolos, los relatos y el sistema ordenado que promueven una u otra versión de la vida en sociedad se encuentran fuertemente vinculados a los orígenes. Sin duda, se trata de un complejo dispositivo donde cognición, comunicación y sociabilidad inciden en la construcción y difusión de formas de pensamiento, de valores y creencias. Hacer referencia al punto de partida es un hábito para los grupos, que hacen de éste el punto de referencia a partir del cual adquiere sentido su cotidianidad en el presente e inclusive les permite proyectarlos hacia el futuro.

4. Los orígenes: sus relatos

Hablaré ahora sobre el origen de los esquemas de desigualdad social entre los grupos, que si bien buscan anclarse en factores de orden biológico, psicológico o religioso, tienen también una importante definición en la manera en que se explica el origen de tal diferencia. Explicación que se encuentra vinculada, generalmente, al relato, a la historia y narración de los orígenes de una sociedad. La manera en que se habla del origen, es la referencia a partir de la cual suelen justificarse las diferencias.

En el caso de México, ¿cuál es este origen? ¿Dónde se inicia la historia de la sociedad mexicana? ¿En el movimiento de Independencia de 1810? ¿En la cultura prehispánica? ¿En la Revolución Mexicana de 1910? ¿En la Conquista? Los historiadores dan cuenta de que cada uno de estos acontecimientos forma parte de esos orígenes y dan sentido a la explicación del pasado, del presente y del futuro, explicaciones que corresponden a la visión

lineal de la historia, a la concepción de evolución de las sociedades. Sin embargo, también hay quienes afirman que los orígenes plasmados en las imágenes de la historia nacional, tienen un determinante punto de partida para dar cuenta del origen del mexicano: el de la Conquista. Tendencias explicativas que no son sino la expresión de las contradicciones a partir de las cuales se definió el pasado de un país y con éste el *carácter* de sus nativos.

Con base en los orígenes de la Conquista, de las contradicciones, de la historia que luego se contó, se encuentran, por un lado, las contradicciones ideológicas que encerraban para Europa y su concepción del mundo el encuentro con América Latina (O'Gorman, 1984). Por otro lado, una imagen a partir de la cual cobró sentido la dinámica entre dominantes y dominados: la del *buen salvaje*.³ Imagen convertida en estigma, que sirvió y sirve todavía como referencia en la construcción de la identidad de los pueblos de México y de América Latina.

En 1958, en *La invención de América*, Edmundo O'Gorman mostró que el Nuevo Mundo fue primero una construcción intelectual proveniente del mundo europeo del siglo XVI, y que dicha construcción tuvo un papel determinante en la definición y construcción de América. O'Gorman se propuso mostrar la manera en que el descubrimiento de América constituyó en realidad una revolución del pensamiento, un cuestionamiento a la concepción del mundo y su orden —concebido hasta ese momento como único, como verdadero, como el único civilizado. Ello explica la necesidad de minimizar al otro, de desvalorizarlo.⁴

Moscovici (2002) señala la comparación de la cual los indígenas fueron objeto y cómo la falta de «alma» a ellos atribuida sirvió para estigmatizar a los pueblos conquistados, estigma que como resultado de la comparación sistemática de la cual eran objeto invalidaba no sólo a las personas sino también al sistema de costumbres y creencias que era el suyo:

Frecuentemente hemos escrito a propósito de las preguntas que se hicieron los españoles, la Iglesia católica particularmente, tras

3. En el trabajo de Bartra (1992) es posible reconocer no sólo las ideas y falsas ideas sobre las cuales se construyó la imagen del buen salvaje, sino también los miedos y la ignorancia de una sociedad frente a lo desconocido.

4. Según Bertrand y Marin (2001), América se convertirá en objeto de historia solamente a partir del inicio de los movimientos de Independencia.

el descubrimiento de los indios. Comenzamos por atribuir, según la representación religiosa de la época, un alma a todos los seres humanos —igual que niños y niñas, según Freud, atribuyen un pene a todos los seres humanos. Sin embargo, es evidente que los indios del Nuevo Mundo eran diferentes a los cristianos, y no gracias a las deidades que invocaban los unos y los otros. El interés o el deseo de comparación incitó al papa a organizar en Valladolid en 1550 un estruendoso debate a fin de saber en qué eran ellos diferentes. Paso a paso fueron analizados los rasgos físicos, las instituciones, las costumbres de los indios, con la finalidad de saber si poseían o no un alma. Dos hombres de la Iglesia se enfrentaron: Las Casas, un dominico conocido por su actitud a favor de los indios, y Sepúlveda, un filósofo que logró un triunfo provisional sobre su adversario. Hecha la comparación, ustedes lo adivinan, se llegó a la conclusión de que respecto a los europeos, tales diferencias expresaban una ausencia, los indios no tienen alma. Éste es el primer estigma que entrañará algunos otros en la vida religiosa y social y concluirá con el desgarramiento físico y moral de los pueblos conquistados [Moscovici, 2002: 36].⁵

Significados como éstos atravesaron y dieron sentido no sólo al pasado difundido y transmitido por el sistema educativo sino también a través de las imágenes, las creencias, los valores y las formas de organización donde la ciudadanía fue concebida durante mucho tiempo como «menor de edad». Un menor de edad incapaz de juzgar, de tomar decisiones, de transformar.

Es en esas formas donde la diferencia y la desvalorización de un grupo o grupos se presentan como resultado de un mismo origen y destino: el de la fatalidad. Es posible reconocer que el destino fatal asociado, en principio, a los grupos étnicos del país y luego trasladado a los mexicanos es, al igual que la desigualdad social, producto de una construcción propia de los grupos como consecuencia de las relaciones entre ellos. Le Bon (1912) describe el fatalismo artificial como aquél construido por la historia. Con ello se refiere a la serie de hechos históricos y más precisamente a las atribuciones que de él se derivan y sirven para explicar el infortunio del cual es objeto un grupo, una comunidad, un pueblo. De modo que la única fatalidad real es la asociada a los desastres naturales.

5. La traducción es de Juana Juárez Romero.

5. Algunas imágenes contemporáneas del mexicano y sus orígenes

A continuación presentaré algunos resultados de entrevistas en profundidad que fueron realizadas a obreros, comerciantes ambulantes y profesionistas de la delegación Iztapalapa en 2004 y algunos resultados de la investigación de 2008 (Juárez, 2004).⁶ Dada la naturaleza ideológica, política y colectiva de la nación y de la identidad nacional, la investigación realizada me permitió identificar un carácter genérico en las diferentes categorías que sirven para describir a *México* y al *mexicano* en dicho estudio (Juárez, 2006). Así, los símbolos, los lugares de memoria, los personajes y las fechas cívicas del calendario que sirven para caracterizar a México y al mexicano presentan un alto grado de generalidad (Juárez, 2005). Aquí, presentamos solamente algunas de las respuestas obtenidas a la solicitud de describir al mexicano así como algunas de las explicaciones de por qué el mexicano es como es.

1. *Lo típico del mexicano: la referencia al estereotipo.* Preguntamos a nuestros entrevistados sobre lo que se consideraba como típico del mexicano. Las siguientes frases ilustran las ideas encontradas:

- *Somos* borrachos, jugadores, mujeriegos, y también bien envidiosos.
- Los mexicanos no *respetan* las normas, las reglas, *somos* desordenados, en general hay una cultura del «ahí se va», del incumplimiento.
- Su solidaridad y su pasividad y es que muchas veces *somos* muy tranquilos. También *son* [...] luchan, como ahora frente a la crisis económica.

6. Los datos presentados en esta comunicación corresponden, en el caso de la investigación reportada en 2004, a la última fase del estudio donde se realizaron entrevistas en profundidad como corolario del mismo y cuyo objetivo era el de indagar en las ideas y explicaciones bajo las cuales se organizan los elementos del territorio histórico que fueron presentados a nuestros encuestados en las fases previas a través de diversos cuestionarios. En esta última fase se realizaron ocho entrevistas a obreros, ocho entrevistas a comerciantes ambulantes y ocho entrevistas a profesionistas de la delegación Iztapalapa.

Destacan aquí las características negativas asociadas al mexicano que se encuentran asociadas directamente al estereotipo del mexicano, donde se refiere su pasividad, su fragilidad y falta de compromiso: su conformismo. A continuación, presentamos ejemplos de las frases obtenidas cuando pedimos a los entrevistados describirse a sí mismos como mexicanos. El énfasis en las características positivas emerge frente a las características negativas del mexicano. Así, la categoría difundida desde las instituciones permite una expresión del mexicano que busca distanciarse del referente estereotípico.

2. *Auto-descripción del mexicano, referencia positiva.* Cuando solicité a los entrevistados describirse a sí mismos en tanto mexicanos, pude identificar una mirada más positiva de la categoría así como un proceso activo de diferenciación del estereotipo del mexicano.

- Me gusta mucho ser alegre, trabajar, ayudar en mi casa a mis padres y en general así, alegre y normal.
- *Yo soy* muy trabajadora, *también* me gustan las fiestas, pero sobre todo me gusta salir adelante...
- *Yo soy* muy trabajador, muy exigente, muy perfeccionista.

Destacan aquí características positivas asociadas al mexicano que resultan del proceso de comparación-diferenciación de los entrevistados. Algunos subrayan ser «responsables» y «trabajadores», sin embargo reconocen que también son «alegres» y «fiesteros». Esta forma de estructurar la referencia sobre el mexicano nos permite suponer que domina para referirse a la identidad nacional un estereotipo difundido y promovido por las instituciones.

3. *El proceso de comparación en la definición de la identidad nacional.* A continuación presento algunas frases donde el proceso de comparación-diferenciación y toma de distancia es aún más evidente.

- Hay quienes *son* muy trabajadores, otros son así *como* que siempre están tristes.
- Hay varias, por un lado, algunos *somos* bien fiesteros y alegres pero también hay gente que *es* bien trabajadora y, claro, están los que *son* flojos y vagos pero yo creo que *son* los menos.

- *Son gente trabajadora, alegre [...] a veces, bueno, casi siempre, les falta iniciativa, y por eso estamos así, siempre mal...*

Una constante en la caracterización que se hace del mexicano es la referencia al «somos» y al «son»; esto sirve, según es posible observar, para tomar distancia con respecto al estereotipo del mexicano, el cual parece estar en el centro de las descripciones de los entrevistados; dicho de otro modo, el estereotipo del mexicano en tanto expresión de la identidad nacional se refiere a la definición dada culturalmente a través de los relatos, imágenes y creencias en torno al mexicano. Por otro lado, el «somos» igual que el «son» nos permite identificar el proceso de comparación frente al cual los mexicanos entrevistados buscan su propia definición y donde buscan expresarse para tomar distancia del referente estereotipado. Es posible identificar al mexicano con capacidad crítica y de representarse al Estado, a sus instituciones y a él mismo.

Presento ahora algunos ejemplos de las ideas que los grupos entrevistados expresan como formas de explicación de la razón de ser del mexicano, las cuales están dominadas tendencialmente por la imagen del estereotipo que de él se tiene.

4. *El proceso de naturalización en la identidad nacional del mexicano.* Algunas respuestas obtenidas a la pregunta ¿por qué los mexicanos somos así? Obtuvimos algunas ideas que explican a decir de los entrevistados la razón o razones del comportamiento del mexicano, más precisamente del estereotipo.

- *Desde la Conquista también pasaron muchas cosas malas después en la Independencia, otra vez murieron muchos y luego la Revolución; tal vez por eso no nos atrevemos a hacer más cosas, por el miedo que nos quedó, tanta guerra debe influir en algo.*

- *[...] Dios nos hizo así como somos, muy normalitos [...] queremos parecernos a otras personas [...] viene desde la Malinche, que cambió a su pueblo por los extranjeros [...] (viene) desde los aztecas que mataban gente, luego la Conquista [...] después la Independencia [...] y luego la Revolución...*

- *Yo siento que nuestros ancestros eran una raza única, éramos indígenas cien por ciento, con mucha inteligencia [...], lo que determinó todo fue el descubrimiento de América y la llegada de los españoles, todo el mundo se desubicó y todo el mundo*

comenzó a imitar a los españoles y todo eso y se perdió la esencia de nosotros.

- *[...] la historia en general, porque el indígena, el azteca, el maya, eran pueblos bien organizados, que tenían una forma de vida organizada y trabajaban con fines comunes [...] aunque tenían sus dictadores, tenían un fin común, con una identidad propia. El mexicano al ser una mezcla [...] pierde su identidad, y ni se siente español, ni se siente indígena, y muchas veces pisotea su origen, tal vez por ese conflicto de identidad es un poco perezoso, un poco dejado, se siente acomplejado...*

- *Evidentemente la Conquista es el hecho más fuerte o que con mayor fuerza contribuyó al mexicano que hoy existe.*

- *El mestizaje, el trueque, la malicia que trajeron los españoles, también trajeron enfermedades como el sarampión, yo creo que todo viene desde allá, desde aquellos tiempos.*

Así, es posible observar cómo la historia, el pasado, más precisamente la interpretación que del pasado nos ha dado la historia, sirve aquí para explicar la imagen estereotipada que da sentido a la fatalidad del indio americano y que constituye, siguiendo a Le Bon (1912), una fatalidad «artificial» construida, en este caso a través de los relatos que la historia nos brinda de los orígenes de la nación. De modo que la identidad nacional es una entidad construida socialmente y referente importante para la definición y construcción de la identidad ciudadana así como de la desigualdad social.

5. *Arriba y abajo: formas de un esquema de desigualdad social.* La desigualdad social no es sólo un problema estructural, es, sobre todo, una cuestión de orden simbólico, donde los significados asociados a las palabras, a las denominaciones, indican también el tipo de relación subordinada o equitativa que se promueve en el seno de las sociedades. Cito ahora los resultados de una investigación sobre la identidad social en obreros de Xochimilco, concluida este año, donde se encontraron algunos de los aspectos estereotípicos asociados al mexicano.⁷ Refiero aquí únicamente los resultados obtenidos mediante entrevista a ocho

7. Los resultados forman parte de un trabajo final que permitió a María González obtener el grado de licenciada en Psicología Social por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, en 2008.

obreros. Y destaco la diferencia por ellos referida como producto de aspectos económicos y educativos en frases como:

- Somos de otra clase social diferente a ellos [los empresarios]. ¿Cómo es esa clase social? Pues ellos yo creo que son por su dinero. Nosotros porque parte de nosotros, la mayoría de nosotros nos dedicamos a vicios, a alcoholismos, a borracheras, a irresponsabilidades.
- Pues yo, yo siento que la gente de oficinas como que está más preparada, ¿cómo te diré? Más, más, pues, ¿cómo te diría? Pues más estudios, más educación; en cambio, los obreros no.
- ¿Qué es lo que hacen los obreros que los hace diferentes? La educación. Y el círculo en el que nos movemos. Somos de otra clase.

Igualmente, llamó nuestra atención la referencia a la posición arriba-abajo entre el grupo de empresarios y oficinistas con respecto a los obreros, que da cuenta de la desigualdad social que adquiere no sólo un referente de tipo estadístico sino, y de modo más importante, de las formas de pensamiento de los grupos.

- Pues los obreros, pues bueno, son los que, yo tengo entendido, yo siento que son los que hacen lo más pesado, ¿no? En el trabajo [...] se ocupan de los trabajos más pesados. Para mí.
- Así como que nos ven de arriba hacia abajo, así como que tú eres obrero yo soy de otra clase, un nivel más alto que tú y no me voy a juntar contigo, eso es lo que me imagino yo.

La diferencia aquí permite explicar la desigualdad, sirve de justificación no sólo para entender la posición que ocupan los obreros «abajo» sino que también se convierte en algo natural y, por tanto, con dificultades para ser transformada. La educación, en el discurso de los entrevistados, aparece como «eso que hace falta», lo ausente diría Moscovici (2002), como explicación de la distancia asumida, se da un nombre y causa a la diferencia social entre grupos, parece así «natural» y, por tanto, esencial a los ojos de los entrevistados.

6. *El origen sumiso de la Conquista versus el origen liberador y transformador de la Independencia y la Revolución.* Finalmente, presentamos los eventos históricos que sirven para caracterizar a estudiantes y empleados de la Universidad Autónoma Metro-

politana el origen de *México* y del *mexicano* (Juárez, 2004). A una pregunta cerrada donde nuestros entrevistados tenían ocho opciones de respuesta que se referían a diversos eventos históricos asociados al desarrollo del país, se les formulaban dos tipos de pregunta.

Así, a un grupo de estudiantes y empleados se les pidió que nos indicaran cuál era en su opinión el evento histórico que daba origen a México, mientras que a otro grupo de estudiantes y empleados se les presentaba la misma lista aunque ahora con la consigna de que nos indicaran cuál era en su opinión el evento histórico que daba origen al mexicano. La Conquista es referida mayormente como el evento histórico que explica el origen del mexicano mientras que la Independencia y la Revolución Mexicana son asociadas al origen de México.⁸

Llama la atención el papel atribuido a la Conquista y la valoración negativa que la acompaña, que es coherente con los resultados antes presentados; también se observa que los eventos históricos asociados al origen del país son organizados según se apele a México o al mexicano.

6. Reflexiones finales

La desigualdad social se construye socialmente a través de los significados, de los referentes culturales a partir de los cuales adquiere sentido la vida cotidiana de los grupos sociales, sentido que hace del punto de partida el núcleo de la interpretación sobre el pasado, el presente y el futuro de los grupos. La historia de las sociedades cumple así con la función que en otro tiempo cumplieron los mitos: la de justificar los roles, la distribución de las tareas, la importancia de las normas y los valores. La historia brinda un orden al jerarquizar los hechos, los actores, al privilegiar escenarios, al otorgar significados. Tiene así la posibilidad

8. Las respuestas obtenidas en el estudio indican que para el 50 % de los estudiantes y para el 51 % de los empleados es la Conquista el evento histórico que explica el origen del *mexicano*; mientras que la Independencia (en un 14 % para los estudiantes; el 28 % para los empleados) y la Revolución (en un 16 % para los estudiantes; 20 % para los empleados) destacan como los eventos históricos que dan sentido a *México* (Juárez Romero, 2004). En este caso se trata de resultados derivados de un cuestionario cerrado.

de sentar las bases para establecer un orden que privilegia a unos grupos sobre otros, o bien ofrecer un orden que posibilite un desarrollo más equitativo entre los grupos.

La historia oficial sobre el origen del país ha privilegiado una versión, que quizás sin proponérselo cosifica las ausencias, los defectos, y los convierte en una determinación proveniente de la manera en que interpreta su punto de partida. En el caso del mexicano se identifica un origen cargado de un valor negativo y sumiso en la Conquista, imagen estereotipada del primer momento que pese a ello sirve como punto que nutre la concepción que de él se tiene.

Los orígenes se convierten aquí en una parte importante del territorio mental (histórico diría Smith) a partir del cual símbolos, fechas en el calendario, celebraciones y relatos explican la desigualdad social de la cual proviene la sociedad mexicana e intenta justificar la incesante búsqueda por superar esta condición. Nos brinda así un principio que sirve para dar sentido al orden social de nuestra sociedad. Al brindar una visión estereotipada del mexicano, por ejemplo, nutre y sirve de punto de comparación y diferenciación frente a la cual los entrevistados buscan compensar la ausencia estableciendo una distancia que parece aún insuficiente a pesar del esfuerzo reflexivo identificado en los grupos estudiados.

La Conquista, la Independencia y la Revolución siguen marcando de modo importante de dónde vinimos y al parecer hacia dónde podemos ir, llama la atención que sean asociados una al mexicano y las otras a México, es necesario llamar la atención sobre el valor negativo asociado a la primera *versus* el valor positivo asociado a las otras dos.

Resulta urgente, como ya lo han señalado otros investigadores, construir relatos más positivos sobre el origen, relatos que brinden la posibilidad de superar la diferencia y que eliminen la distancia creada a partir de la idea que sostenía que los indígenas no poseían alma y que se trataba de ignorantes.

Finalmente, insistimos en que las ideas, las creencias, las formas de pensamiento son producto de las formas de sociabilidad y de comunicación propias de los grupos. Formas de sociabilidad que tienen un componente cultural y social marcado por la herencia y la tradición al mismo tiempo que un componente coyuntural y de contexto. Así, las ideas y formas de pensamiento

que dan sentido al orden se inscriben dentro del esquema de valores, de las relaciones establecidas entre dominantes y dominados y dan forma al tipo de relaciones de conformidad o de equidad que dicho orden promueve.

Bibliografía

- AGUIRRE ROJAS, C.A. (2004): *Antimanual del mal historiador*, México, La otra mirada de Clío, 7.^a ed.
- BARTRA, R. (1992): *El salvaje en el espejo*, México, UNAM-ERA.
- BONFIL BATALLA, G. (1987): *México profundo: una civilización negada*, México, Grijalbo.
- BERTRAND, M. y R. MARIN (2001): *Écrire l'histoire de l'Amérique latine XIX-XX siècles*, París, CNRS.
- CISNEROS, C. (1999): «México: memorias colectivas y democracia política», en G. Mota (ed.), *Cuestiones de psicología política en México*, México, UNAM.
- FLORESCANO, E. (2001): *Memoria mexicana*, México, Taurus.
- (2002): *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus.
- GILLY, A. (2006): «México: la civilización subalterna», en *Historia a contrapelo*, México, ERA.
- GONZÁLEZ DE CASTILLA, G.M. (2008): *La identidad social en obreros de Xochimilco*, tesina presentada para obtener el grado de licenciada en Psicología Social, México, UAM-I.
- GONZÁLEZ N., M. (1991): «El tránsito de la psicología social a la psicología política», en Juárez R. et al., *Ensayos de psicología política en México*, México, UAM-I.
- HALBWACHS, M. (1925): *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, Albin Michel.
- (1944): *Morfología social*, México, América.
- JUÁREZ R., J. (2004): *La construction des identités au Mexique: Histoire, mythes et lieux de mémoire. Une approche psychosociale*, tesis de doctorado, París, Université René Descartes.
- (2005): «Les lieux de mémoire de l'identité nationale à Mexico», en M.-L. Rouquette, *Ordres et désordres urbains*, Perpignan, Presses Universitaires de Perpignan.
- (2006): «La identidad nacional en México: su naturaleza colectiva y "pensada"», en M. González N. y O. Nateras D. (coords.), *Psicología de la sociedad moderna*, México, UAM-I.
- LE BON, G. (1912): *La psicología política y la defensa social*, Madrid, Gutenberg.
- LECHNER, N. (1996): «La política ya no es lo que fue», *Nueva Sociedad*, n.º 144, julio-agosto.

- (2002): *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago de Chile, Lom.
- LEÓN PORTILLA, M. (1964): *El reverso de la Conquista*, México, Editorial Joaquín Mortiz.
- (2001): *Visión de los vencidos*, México, UNAM, 12.^a ed.
- MOSCOVICI, S. (1981): *Psicología de las minorías activas*, Madrid, Morata.
- (2002): «Pensée stigmatisée et pensée symbolique. Deux formes élémentaires de la pensée sociale», en C. Garnier (ed.), *Les formes de la pensée sociale*, París, PUF.
- y P. RICATEU (1975): «Conformidad, minoría e influencia social», en *Introducción a la psicología social*, Barcelona, Planeta.
- y G. VIGNAUX (1994): «Le concept de thémata», en Ch. Guimelli, *Structures et transformations des représentations sociales*, Ginebra, Delachaux et Niestlé.
- MUGNY, G. y S. PAPANASTASIOU (1988): «Los estilos de comportamiento y su representación social», en S. Moscovici, *Psicología social II*, Barcelona, Paidós.
- O'GORMAN, E. (1984): *La invención de América* (1.^a ed. 1958), México, FCE-SEP.
- REYGADAS, L. (2008): *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*, Barcelona, Anthropos, UAM-I.
- ROUQUETTE, M.-L. (1996): «Représentations et idéologie», en *Des attitudes aux attributions. Sur la construction de la réalité sociale*, París, PUF.
- (1998): *La communication sociale*, París, Dunod.
- (2006): «Territoires physiques, territoires sociaux et territoires mentaux», en M.-L. Rouquette, *Ordres et désordres urbains*, Perpignan, Presses Universitaires de Perpignan.
- SMITH, A. (1997): *La identidad nacional*, Madrid, Trama (1.^a ed. en inglés 1991).
- VILLORO, L. (1982): «El sentido de la historia», en Pereyra et al., *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI.
- (1983): *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, UNAM.
- WUNDT, W. (1912): *Elementos de psicología de los pueblos, 1-10*, Barcelona, Alta Fulla (reed. 1990).